



Seix Barral Biblioteca Formentor

Laurent Binet

La séptima función
del lenguaje





Seix Barral Biblioteca Formentor

Laurent Binet
**La séptima función
del lenguaje**

Traducción del francés por
Adolfo García Ortega

ÍNDICE

9	Primera parte
189	Segunda parte
241	Tercera parte
339	Cuarta parte
397	Quinta parte
427	Epílogo

PRIMERA PARTE

París

1

La vida no es una novela. Al menos eso es lo que a ustedes les gustaría creer. Roland Barthes sube una vez más por la rue de Bièvre. El mayor crítico literario del siglo xx tiene sobrados motivos para estar angustiado en grado sumo. Su madre, con quien mantenía unas relaciones muy proustianas, ha muerto. Y su curso en el Collège de France, titulado «La preparación de la novela», ha resultado un fracaso del que difícilmente puede sustraerse: durante todo el año ha estado hablándoles a sus alumnos de haikus japoneses, de fotografía, de significantes y significados, de divertimentos pascalianos, de camareros de café, de batas guateadas o del número de asientos en el anfiteatro, de todo menos de novela. Y va para tres años así. Sabe irremediablemente que el propio curso no es más que una maniobra dilatoria para aplazar el momento de empezar una obra verdaderamente literaria, es decir, una que haga justicia al escritor hipersensible que está aletargado en él y que, en opinión de todo el

mundo, ha empezado a dar brotes con su *Fragmentos de un discurso amoroso*, considerada ya la biblia de los menores de veinticinco años. De Sainte-Beuve a Proust, ya toca cambiar y ocupar el sitio que le corresponde en el panteón de los escritores. Mamá ha muerto: se ha cerrado el círculo que se abrió con *El grado cero de la escritura*. La hora ha llegado.

La política, sí, sí, ya se verá. No se puede decir que sea muy maoísta, después de su viaje a China. Por otra parte, no es eso lo que se espera de él.

Chateaubriand, La Rochefoucauld, Brecht, Racine, Robbe-Grillet, Michelet, Mamá. El amor de un chico.

Me pregunto si ya habría entonces algún «Vieux Campeur»¹ en el barrio.

Dentro de un cuarto de hora estará muerto.

Estoy seguro de que el papeo era bueno en la rue des Blancs-Manteaux. Imagino que se come bien en casa de esa gente. En *Mitologías*, Roland Barthes descifra los mitos contemporáneos erigidos por la burguesía a la mayor gloria de sí misma y, gracias a ese libro, él se convirtió en alguien verdaderamente famoso; así que, de alguna manera y en resumidas cuentas, es a la burguesía a la que deberá su fortuna. Pero se trataba de la pequeña burguesía. La gran burguesía que se pone al servicio del pueblo es un caso muy particular que merece ser analizado. Habrá que escribir un artículo al respecto. ¿Esta noche? ¿Por qué no ahora mismo? No, antes tiene que seleccionar sus diapos.

Roland Barthes aprieta el paso sin percatarse de nada de cuanto lo rodea, y eso que es un observador nato, cuyo oficio consiste en observar y analizar y cuya vida se la ha

1. Irónico. Au Vieux Campeur es una cadena de tiendas de ropa deportiva y de montaña. (*Todas las notas son del traductor.*)

pasado por entero rastreando signos. No hay duda de que no ve ni los árboles, ni las aceras, ni los escaparates, ni los coches del boulevard Saint-Germain, que se conoce de memoria. Ya no está en Japón. No siente la mordedura del frío. Apenas si oye los ruidos de la calle. Aquello parece la alegoría de la caverna pero al revés: el mundo de las ideas en que él está encerrado oscurece su percepción del mundo sensorial. A su alrededor, no ve más que sombras.

Las razones que acabo de evocar para explicar la actitud desasosegada de Roland Barthes están todas refrenadas por la Historia, pero tengo ganas de contarles lo que realmente sucedió. Aquel día, si él tiene la cabeza en la Luna, no solo es debido a su madre muerta, ni a su incapacidad de escribir una novela, ni incluso a la desafeción creciente y, a su juicio, irremediable por parte de los chicos. No digo que no piense en todo esto, no tengo ninguna duda sobre la calidad de sus neurosis obsesivas. Pero hoy hay otra cosa añadida. En la mirada ausente del hombre inmerso en sus pensamientos, un transeúnte atento sabría reconocer ese estado que Barthes creía no volver a experimentar nunca más: la excitación. No es por su madre, ni por los chicos, ni por su novela fantasma. Es la *libido sciendi*, la sed de saber, y con ella, reactivada, la orgullosa perspectiva de revolucionar el conocimiento humano y, quizá, cambiar el mundo. ¿Acaso cuando cruza la rue des Écoles, Barthes se siente como Einstein cuando pensaba en su teoría? Lo único cierto es que él no camina muy atento. Le quedan unas decenas de metros hasta llegar a su despacho cuando de pronto rebota contra una camioneta. Su cuerpo produce el sonido sordo, característico, horrible, de la carne que choca contra la chapa y rueda por la calzada como una muñeca de trapo. Los transeúntes se sobresaltan. Esa tarde del 25 de febrero de 1980 no

pueden saber lo que acaba de ocurrir delante de sus ojos, y no es de extrañar, pues hasta el día de hoy la gente todavía lo desconoce.

2

La semiología es una cosa muy extraña. El primero que lo intuyó fue Ferdinand de Saussure, el fundador de la lingüística. En su *Curso de lingüística general* propone «concebir una ciencia que estudie la vida de los signos en el seno de la vida social». Ni más ni menos. Y añade, a modo de pista para quienes quieran aplicarse a la tarea: «Sería parte de la psicología social y, en consecuencia, de la psicología general. La denominaremos *semiología* (del griego *sēmeîon*, “signo”). Nos enseñaría en qué consisten los signos y cuáles son las leyes que los rigen. Puesto que no existe todavía, no se puede decir aún lo que será; pero tiene derecho a existir y su lugar está determinado de antemano. La lingüística no es más que una parte de esta ciencia general. Las leyes que la semiología descubra serán aplicables a la lingüística, y esta se encontrará así ligada a un dominio claramente definido en el conjunto de los hechos humanos». Me encantaría que Fabrice Luchini nos relejera este pasaje, recalcando las palabras como solo él sabe hacer, para que el mundo entero pudiera percibir, si no el sentido, al menos toda la belleza. Esta intuición genial, casi incomprensible para sus contemporáneos (el curso se dictó en 1906), no ha perdido, cien años más tarde, un ápice de su fuerza ni de su oscuridad. Posteriormente, numerosos semiólogos trataron de proporcionar definiciones a la vez más claras y más detalladas, pero se contradecían unos a otros (a veces sin darse cuenta ni ellos

mismos), lo embrollaban todo y finalmente no conseguían más que alargar (y aun así apenas) la lista de sistemas de signos que escapan a la lengua: el código de circulación, el código marítimo internacional, la numeración de los autobuses, la numeración de las habitaciones de hotel, que han venido a completar la graduación militar, el alfabeto de los sordomudos... y poco más.

Un poco escaso con respecto a la ambición inicial.

Vista así, la semiología, lejos de ser una extensión del dominio de la lingüística, parece reducirse al estudio de protolenguajes toscos, mucho menos complejos y por tanto más limitados que cualquier lengua.

Pero, de hecho, no es así.

No es casual que Umberto Eco, el sabio de Bolonia, uno de los últimos semiólogos todavía vivos, se refiera con tanta frecuencia a los grandes inventos decisivos en la historia de la humanidad: la rueda, la cuchara, el libro..., según él, útiles perfectos de insuperable eficacia. Todo deja suponer, en efecto, que la semiología es en realidad una de las invenciones capitales de la historia de la humanidad y una de las herramientas más poderosas jamás forjadas por el hombre, pero sucede como con el fuego o con el átomo: al principio, no siempre se sabe para qué sirven ni cómo servirse de ellos.

3

En realidad, un cuarto de hora después aún no ha muerto. Roland Barthes yace en la cuneta, inerte, pero su cuerpo emite un silbido rauco y, mientras su espíritu se hunde en la inconsciencia, probablemente surcada por haikus turbulentos, alejandrinos racinianos y aforismos

pascalianos, oye —y se dice a sí mismo (seguramente se lo dice) que quizá sea lo último que oiga— los gritos de un hombre enloquecido: «¡Se lanzó bajo mis rrruedas! ¡Se lanzó bajo mis rrruedas!». ¿De dónde procede ese acento? En torno a él, los transeúntes, recuperados de su estu-
por, se han agolpado e, inclinados sobre el futuro cadáver, discuten, analizan, evalúan:

—¡Hay que llamar a una ambulancia!

—No vale la pena, está pedo.

—¡Se lanzó bajo mis rrruedas, ustedes son testigos!

—Tiene aspecto de estar malherido.

—Pobre hombre...

—Hay que buscar una cabina telefónica. ¿Alguien tie-
ne monedas?

—¡No he tenido ni tiempo de frrenar!

—No lo toquen, hay que esperar a la ambulancia.

—¡Apártense! Soy médico.

—¡No lo mueva!

—Soy médico. Aún vive.

—Hay que avisar a su familia.

—Pobre hombre...

—¡Yo lo conozco!

—¿Es un suicidio?

—Habría que saber su grupo sanguíneo.

—Es un cliente. Cada mañana viene a mi bar a beber-
se un chato.

—Pues ya no irá más...

—¿Está borracho?

—Huele a alcohol.

—Un vitito blanco en el mostrador, cada mañana, des-
de hace años.

—Eso no nos dice su grupo sanguíneo...

—¡Ha crrruzado sin mirrrarr!

—El conductor tiene que dominar su vehículo ante cualquier circunstancia, es la ley, aquí.

—Bastará con que tenga un buen seguro, amigo.

—Pero esto va a suponer un gran recargo por siniestralidad.

—¡No lo toquen!

—¡Que soy médico!

—Y yo también.

—Entonces, ocúpese de él. Voy a buscar una ambulancia.

—Tengo que entrrrregarr mi merrrcancía...

La mayoría de las lenguas que hay en el mundo emplean la *r* apicoalveolar, que se llama *r* vibrante, al contrario que el francés, que ha adoptado la *R* dorsovelar desde hace unos trescientos años. Ni el alemán ni el inglés hacen vibrar la *r*. Lo que no sucede en el italiano ni en el español. ¿En el portugués quizá? Es un poco gutural, en efecto, pero el fraseo de ese hombre no es ni lo suficientemente nasal ni lo suficientemente melódico, en realidad es incluso bastante monocorde, hasta el punto de que en él se distinguen mal las inflexiones de pánico.

Diríase ruso.

4

¿Cómo es posible que la semiología, nacida de la lingüística, que ha estado a punto de ser un engendro destinado al estudio de los más pobres y limitados lenguajes, haya podido transformarse *in extremis* en una bomba de neutrones?

Pues por una operación a la que Barthes no es ajeno.

Al principio, la semiología se consagraba al estudio de los sistemas de comunicación no lingüísticos. Saussure en persona dijo a sus estudiantes: «La lengua es un sistema de signos que expresan ideas, y por tanto comparable a la escritura, al alfabeto de los sordomudos, a los ritos simbólicos, a las formas de cortesía, a las señales militares, etcétera. Con la salvedad de que es el más importante de esos sistemas». Es verdad, no cabe duda, pero solo a condición de limitar la definición de los sistemas de signos a aquellos que tienen vocación de comunicar explícita e intencionadamente. Buyssens definió la semiología como «el estudio de los procesos de comunicación, es decir, de los medios empleados para influir en los demás, medios reconocidos como tales por aquellos a quienes se quiere influir».

La genialidad de Barthes consiste en no contentarse con los sistemas de comunicación, sino en ampliar su campo de estudio a los sistemas de significación. Cuando se ha disfrutado de la lengua, uno se aburre bastante rápido con cualquier otra forma de lenguaje: estudiar la señalización viaria o los códigos militares es casi tan apasionante para un lingüista como jugar al tarot o al rami para un jugador de ajedrez o de póker. Como podría decir Umberto Eco, para comunicar, la lengua es perfecta, no se puede crear nada mejor. Y, sin embargo, la lengua no es la única que lo dice todo. El cuerpo habla, los objetos hablan, la Historia habla, los destinos individuales o colectivos hablan, la vida y la muerte nos hablan sin parar de mil maneras distintas. El hombre es una máquina de interpretar y, por poca imaginación que uno tenga, ve signos por todas partes: en el color del abrigo de su mujer, en la rayadura sobre la portezuela de su coche, en los hábitos alimenticios de los vecinos de su rellano, en las cifras

mensuales del paro en Francia, en el sabor a plátano del Beaujolais joven (siempre es a plátano y, más raramente, a frambuesa. ¿Por qué? Nadie lo sabe, pero forzosamente hay una explicación y esta es semiológica), en los andares orgullosos y combados de la mujer negra que camina delante de él a paso firme por los pasillos del metro, en la costumbre que su compañero de oficina tiene de no abrocharse los dos últimos botones de la camisa, en el ritual de tal futbolista cuando celebra un gol, en el modo de gritar de su pareja para indicar un orgasmo, en el diseño de ciertos muebles escandinavos, en el logo del patrocinador principal de tal torneo de tenis, en la música de los títulos de crédito de tal película, en la arquitectura, en la pintura, en la cocina, en la moda, en los anuncios, en la decoración de interiores, en la representación occidental de la mujer y del hombre, del amor y de la muerte, del cielo y de la tierra, etcétera. Con Barthes, los signos no tienen ya necesidad de ser señales: se han convertido en indicios. Mutación decisiva. Están por todas partes. En adelante, la semiología está lista para conquistar el vasto mundo.

5

El comisario Bayard se presenta en el servicio de urgencias de la Pitié-Salpêtrière, donde le indican el número de la habitación de Roland Barthes. Los elementos del dossier de que dispone son los siguientes: un hombre, sesenta y cuatro años, atropellado por una camioneta de lavandería, rue des Écoles, lunes por la tarde, al cruzar un paso de peatones. El conductor de la camioneta, un tal Yvan Delahov, de nacionalidad búlgara, había consumido algo de alcohol, sin llegar a la infracción: 0,6 g, por deba-

jo de los 0,8 autorizados. Ha reconocido que iba con retraso para entregar sus camisas. Ha declarado, no obstante, que su velocidad no sobrepasaba los 60 kilómetros por hora. El hombre accidentado estaba inconsciente y no llevaba ninguna documentación cuando llegó la ambulancia, pero fue identificado por uno de sus colegas, un tal Michel Foucault, profesor en el Collège de France y escritor. Se ha comprobado que se trataba de Roland Barthes, también profesor en el Collège de France y escritor.

Hasta ahí, nada en el dossier justifica que se envíe a un investigador, y menos aún a un comisario de los Servicios Secretos de la policía. La presencia de Jacques Bayard no se explica, en realidad, más que por un solo detalle: cuando Roland Barthes fue atropellado, el 25 de febrero de 1980, regresaba de un almuerzo con François Mitterrand en la rue des Blancs-Manteaux.

A priori, no hay conexión entre la comida y el accidente, ni entre el candidato socialista a las elecciones presidenciales que tendrán lugar el año siguiente y el conductor búlgaro empleado en una compañía de lavanderías, pero está en la naturaleza misma de los Servicios Secretos informarse de todo, y, en esos tiempos de precampaña electoral, especialmente de lo que haga François Mitterrand. Michel Rocard, sin embargo, es mucho más popular para la opinión pública (sondeo Sofres, enero de 1980: «¿Quién es el mejor candidato socialista?». Mitterrand, 20 %; Rocard, 55 %), pero en las altas esferas se considera que sin duda no se atreverá a cruzar el Rubicón: los socialistas son legitimistas y a Mitterrand lo han reelegido como cabeza del partido. En su momento, hace seis años, llegó a alcanzar el 49,19 % de los votos contra el 50,81 % de Giscard, siendo este el margen más estrecho habido en unas elecciones presidenciales desde que se instauró el sufragio universal di-

recto. La razón por la que los Servicios Secretos han enviado a un investigador es porque no se puede descartar el riesgo de que, por primera vez en la historia de la V.^a República, sea elegido un presidente de izquierdas. La misión de Jacques Bayard, en principio, consiste en verificar si Barthes bebió demasiado en casa de Mitterrand, o si, por azar, se hubiera visto inmerso en una orgía sadomaso con perros. Pocos escándalos han afectado al dirigente socialista en los últimos años, parece que se anda con mucho cuidado al respecto. Ya está olvidado el falso secuestro en los jardines del Observatorio. Son tabú su *francisca*² y su paso por Vichy. Supondrían un alto precio. Jacques Bayard está encargado oficialmente de comprobar las circunstancias del accidente, pero no hace falta que se le explique lo que se espera de él: averiguar si hay algo rebuscado y sucio que, llegado el caso, pudiera lesionar la credibilidad del candidato socialista.

Cuando Jacques Bayard llega a la puerta de la habitación, descubre una larga cola de personas en el pasillo. Todos esperan para visitar al accidentado. Hay viejos bien vestidos, jóvenes mal vestidos, viejos mal vestidos, jóvenes bien vestidos, estilos muy variados, pelo largo y pelo corto, individuos con aire magrebí, y más hombres que mujeres. Mientras esperan su turno, discuten entre ellos, hablan alto, riñen, leen un libro, fuman un cigarrillo. Bayard, que aún no es consciente de la celebridad de Barthes, se pregunta qué es todo ese burdel. Usando sus prerrogativas, pasa por delante de la cola, dice «Policía» y entra en la habitación.

Jacques Bayard toma nota de inmediato: cama sorprendentemente alta, entubado, hematomas en el rostro, mi-

2. Hacha grande de dos hojas que figura en el emblema del mariscal Pétain cuando fue jefe del Estado.

rada triste. Hay otras cuatro personas en la habitación: el hermano pequeño, el editor, el discípulo y una especie de joven príncipe árabe, muy elegante. El príncipe árabe es Youssef, un amigo común del maestro y del discípulo, Jean-Louis, a quien el maestro considera el más brillante de sus alumnos y por quien, en cualquier caso, mayor afecto siente. Jean-Louis y Youssef comparten apartamento en el distrito XIII, donde organizan veladas que animan la vida de Barthes. En ellas se encuentra con un montón de gente, estudiantes, actrices, personalidades diversas, a menudo con André Téchiné, a veces con Isabelle Adjani, y siempre con multitud de jóvenes intelectualoides. Por ahora, estos detalles no son del interés del comisario Bayard, que solo está allí para reconstruir las circunstancias del accidente. Barthes había recobrado la consciencia al llegar al hospital. A los allegados que habían acudido les decía: «¡Qué idiotez! ¡Qué idiotez!». Pese a las múltiples contusiones y a algunas costillas rotas, su estado no producía demasiada inquietud. Pero Barthes, como dijo su hermano menor, «tiene un talón de Aquiles: los pulmones». Contrajo la tuberculosis en su juventud y es un gran fumador de puros, lo que da como resultado una debilidad respiratoria crónica que, esa misma noche, ha vuelto a cebarse en él: se ahoga, han de entubarlo. Cuando llega Bayard, Barthes está despierto pero ya no puede hablar.

El comisario se dirige en voz baja a Barthes. Le hará algunas preguntas, bastará con que mueva la cabeza para responder sí o no. Barthes mira a Bayard con ojos de cocker triste. Menea la cabeza débilmente.

«Usted volvía a su lugar de trabajo cuando el vehículo chocó contra usted, ¿no es así?» Barthes dice que sí. «¿Circulaba el vehículo a una velocidad excesiva?» Barthes mueve la cabeza de un lado a otro, lentamente, y Bayard

comprende que quiere decir que no sabe. «¿Iba usted distraído?» Sí. «¿Su distracción tenía algo que ver con su almuerzo?» No. «¿Con la preparación del curso?» Lapso de tiempo. Sí. «¿Se vio con François Mitterrand en ese almuerzo?» Sí. «¿Sucedió algo especial o extraño durante la comida?» Lapso de tiempo. No. «¿Bebió usted alcohol?» Sí. «¿Mucho?» No. «¿Un vaso?» Sí. «¿Dos vasos?» Sí. «¿Tres vasos?» Lapso de tiempo. Sí. «¿Cuatro vasos?» No. «No llevaba su documentación consigo cuando el accidente tuvo lugar. ¿Es posible que la haya olvidado, en su casa o en otra parte?» Lapso de tiempo prolongado. La mirada de Barthes parece llenarse de pronto de una intensidad nueva. Dice que no con la cabeza. «¿Recuerda usted si alguien lo estuvo manipulando durante el tiempo que estuvo en el suelo, antes de la llegada de la ambulancia?» Barthes parece no comprender o no oír la pregunta. Dice que no. «¿No es que no se acuerda?» Nuevo lapso de tiempo, pero esta vez Bayard cree identificar la expresión del rostro: es incredulidad. Barthes dice no. «¿Había dinero en su cartera?» Los ojos de Barthes se clavan en su interlocutor. «Señor Barthes, ¿me oye? ¿Llevaba usted dinero consigo?» No. «¿Llevaba consigo alguna cosa de valor?» No hay respuesta. La fijeza de la mirada es tal que, de no ser por una luz extraña en el fondo del ojo, podría creerse que Barthes ha muerto. «¿Señor Barthes? ¿Estaba en posesión de alguna cosa de valor? ¿Cree que habrían podido robarle algo?» El silencio que reina en el cuarto se rompe solo por el hálito ronco de Barthes que emite el tubo del respirador. Transcurren todavía unos largos segundos. Lentamente, Barthes dice no y luego desvía la cabeza.

Al abandonar el hospital, el comisario Bayard piensa que hay un problema; que lo que no debía ser más que una investigación rutinaria quizá no sea tan superflua, después de todo; que la desaparición de la documentación es una curiosa zona de sombra en lo que, sin embargo, parece un accidente trivial; que va a haber que esclarecer todo esto interrogando a más gente de la que se había imaginado; que su pista arranca en la rue des Écoles, delante del Collège de France (institución cuya existencia ignoraba hasta hoy y cuya naturaleza no ha comprendido muy bien); que empezará por ir a ver a ese señor Foucault, «profesor de historia de los sistemas de pensamiento» (sic); que a continuación tendrá que interrogar a montones de estudiantes melenudos, a los que habrá que añadir a los testigos del accidente y a los amigos de la víctima. Está tan perplejo como fastidiado por este aumento del trabajo. Pero cuenta con lo que ha visto en la habitación del hospital. En los ojos de Barthes lo que había era miedo.

El comisario Bayard, absorto en estas reflexiones, no presta atención al Citroën DS negro aparcado al otro lado del bulevar. Sube a su 504 oficial y parte en dirección al Collège de France.

En el vestíbulo, se fija en la lista de asignaturas que se imparten allí: Magnetismo nuclear, Neuropsicología del desarrollo, Sociografía del Sudeste Asiático, Cristianismo y gnosis en el Oriente preislámico... Confuso, entra en la sala de profesores e indica que desea ver a Michel

Foucault. Le dicen que está dando clase en ese preciso momento.

El anfiteatro está abarrotado. Bayard no puede ni entrar en la sala. Se lo impide un muro compacto de oyentes, que se indignan cuando trata de abrirse paso. Un estudiante indulgente le susurra ciertas instrucciones: si desea un asiento, tiene que llegar dos horas antes del comienzo de la clase; cuando el anfiteatro está lleno, hay que conformarse con ir al anfiteatro de enfrente, donde la clase se retransmite por radio. A Foucault no se le ve, pero al menos se le oye. Bayard se dirige pues al anfiteatro B, también lleno a rebosar, pero aún puede encontrar algún asiento libre. La asamblea es muy variopinta, hay jóvenes, viejos, hippies, yuppies, punkies, góticos, ingleses con chalecos de tweed, italianas escotadas, iraníes con chador, abuelitas con perrito... Se sienta junto a dos jóvenes gemelos disfrazados de astronautas (sin casco, obviamente). Hay un clima de estudio, la gente toma notas en sus cuadernos o escucha con recogimiento. De vez en cuando, alguiéntose, como en el teatro, pero aquí no hay nadie en el escenario. Los altavoces difunden una voz nasal, un poco años cuarenta sin llegar a lo Chaban-Delmas, más bien digamos a lo Jean Marais mezclado con Jean Poiret, pero algo más aguda.

«El problema que yo querría plantear —dice la voz— es este: qué puede significar, en el seno de cierta concepción de la salvación, es decir, en el seno de cierta concepción de la iluminación, de cierta concepción de la redención obtenida por los hombres al ser bautizados por primera vez, qué puede significar la repetición de la penitencia, si no la repetición misma del pecado.»

Bayard percibe el tono profesoral. Intenta captar algo de lo que habla pero, para su desgracia, el mayor esfuerzo

lo hace cuando Foucault dice: «De tal suerte que el individuo que va hacia la verdad, atraído por el amor, manifiesta, en sus propias palabras, una verdad que no es otra cosa que la manifestación en él de la verdadera presencia de un Dios, quien, por sí mismo, no puede decir más que la verdad, pues nunca miente y siempre es verídico».

Si ese día Foucault hubiera hablado de cárcel, de control, de arqueología, de biopoder o de genealogía, quién sabe... Pero la voz implacable continúa abriéndose camino: «Incluso si, para determinados filósofos o determinadas cosmologías, el mundo podía efectivamente girar en un sentido o en otro, en la vida de los individuos el tiempo no tiene más que un solo sentido». Bayard escucha sin comprender nada, tan solo se deja mecer por el tono a la vez didáctico e intencionado, melodioso a su modo, sostenido por un magistral sentido de la medida, de los silencios y de la puntuación.

¿Y este individuo gana más que él?

«Entre este sistema de la ley que se basa en las acciones y afecta a la voluntad del individuo, y en consecuencia a la repetición indefinida de la culpa, y el esquema de la salvación y de la perfección que se basa en los individuos e implica una escansión temporal y una irreversibilidad, no hay, creo yo, ninguna integración posible...»

Sí, sin ninguna duda. Bayard no consigue refrenar el rencor instintivo que le lleva a detestar a priori una voz como esa. Con gente así es con la que la policía tiene que disputarse los impuestos del contribuyente. Son funcionarios como él, con la salvedad de que él sí se merece que la sociedad le retribuya por su trabajo. Pero ¿qué coño es este Collège de France? De acuerdo, fue fundado por Francisco I, eso ya lo ha leído en la entrada. ¿Y qué más? Cursos abiertos para todo el mundo que solo interesan a

parados de izquierdas, a jubilados, a iluminados o a profesores que fuman en pipa; asignaturas imposibles de las que jamás ha oído hablar... Sin diplomas, sin exámenes. Gente como Barthes y Foucault, pagados para hacer juegos malabares con humo. Si de algo está convencido Bayard es de que no es aquí donde se aprende un oficio. *Epistémé*, los cojones.

Cuando la voz da cita para la semana próxima, Bayard regresa al anfiteatro A, va a contracorriente del flujo de público que sale por las puertas abiertas de par en par, penetra por fin en la sala, ve abajo a un calvo con gafas que lleva un jersey de cuello alto debajo de su chaqueta. Tiene un aire recio a la par que longilíneo, la mandíbula prominente, ligeramente prognata, el porte altanero de los que saben que el mundo ha reconocido su valía y el cráneo impecablemente rasurado. Bayard llega hasta la tarima donde él se encuentra. «¿Señor Foucault?» El gran calvo está recogiendo sus notas con la relajación característica del docente que ha terminado su clase. Se vuelve hacia Bayard con benevolencia, consciente de la timidez que sus admiradores han de superar a veces para dirigirle la palabra. Bayard saca su placa. Él también conoce de sobra el efecto que esto produce. Foucault se para un segundo, mira la placa, se encara al policía y luego vuelve a sumirse en sus notas. Teatral, como si se lo dedicara al público que se está marchando, dice: «Me niego a ser identificado por el poder». Bayard hace como si no lo hubiera oído: «Es por lo del accidente».

El gran calvo mete sus notas en la cartera y abandona la tarima sin decir ni una palabra. Bayard corre tras él: «¿Adónde va, señor Foucault? ¡Tengo que hacerle algunas preguntas!». Foucault trepa por los peldaños del anfiteatro a grandes zancadas. Sin darse la vuelta, hablando para

todo el mundo, de manera que los oyentes que aún quedan allí puedan oírlo, responde: «¡Me niego a ser localizado por el poder!». La sala ríe. Bayard lo agarra del brazo: «Tan solo quiero que me dé su versión de los hechos». Foucault se queda inmóvil y se calla. Todo su cuerpo se ha puesto tenso. Mira la mano aferrada a su brazo como si eso fuera el mayor atentado a los derechos humanos desde el genocidio de Camboya. Bayard retiene a su presa. A su alrededor crecen los murmullos. Al cabo de un largo minuto, Foucault consiente en hablar: «Mi versión es que lo han matado». Bayard no está seguro de haber comprendido bien:

—¿Matado? Pero ¿a quién?

—A mi amigo Roland.

—Pero ¿si no ha muerto!

—Ya está muerto.

Foucault clava en su interlocutor la mirada intensa de los miopes, al otro lado de sus gafas, y lentamente, alargando las sílabas, enuncia, como si formulase la conclusión de un extenso desarrollo cuya lógica secreta nadie más que él conociera:

—Roland Barthes está muerto.

—¿Y quién lo ha matado?

—El sistema, por supuesto.

El uso de la palabra «sistema» confirma al policía sus temores: ha caído en terreno izquierdista. Sabe por experiencia que siempre tienen eso en la boca: la sociedad podrida, la lucha de clases, el «sistema»... Espera lo que sigue sin impaciencia. Foucault, magnánimo, acepta explicarse:

—Se han burlado salvajemente de Roland en estos últimos años. Y todo porque tenía el paradójico poder de comprender las cosas tal como son y de inventarlas con

una frescura jamás vista hasta ahora. Le han reprochado su argot, le han plagiado, parodiado, caricaturizado, satirizado...

—¿Sabía usted si tenía enemigos?

—¡Claro! Desde que entró en el Collège de France (fui yo el que lo metí), los celos no dejaron de aumentar. No tenía más que enemigos: los reaccionarios, los burgueses, los fascistas, los estalinistas y, sobre todo, la vieja crítica rancia que jamás le ha perdonado.

—¿Perdonado el qué?

—¡Haberse atrevido a pensar! ¡Haberse atrevido a cuestionar sus viejos esquemas burgueses, haber sacado a la luz su infecta función normativa, haber mostrado lo que de verdad era: una vieja puta mancillada por la burrez y los apaños!

—Pero ¿quién, en concreto?

—¿Nombres? ¿Por quién me toma usted? ¡Los Picard, los Pommier, los Rambaud, los Burnier! Lo habrían fusilado ellos mismos si hubieran podido, doce balas en el patio de la Sorbona bajo la estatua de Victor Hugo...

De repente, Foucault vuelve a marcharse y deja unos metros atrás a Bayard, que no se lo esperaba. Sale del anfiteatro y sube pitando por las escaleras; Bayard corre tras él, le pisa los talones, sus pasos resuenan sobre la piedra, le da una voz: «¡Señor Foucault! ¿Quién es toda esa gente de la que me habla?». Foucault, sin volverse: «Unos perros, unos chacales, unos burros ignorantes, unos gilipollas, unos inútiles, pero sobre todo, sobre todo, sobre todo, los criados serviles del orden establecido, los escribas del viejo mundo, los macarras de un pensamiento muerto que, con su obscena risa sarcástica, pretenden imponer eternamente su pestilencia a cadáver». Bayard, sujeto a la barandilla de la escalera: «¿Qué cadáver?». Foucault, tre-

pando por los peldaños de cuatro en cuatro: «¡Pues el del pensamiento muerto!». A continuación estalla en una risa sardónica. Buscando una pluma en los bolsillos de su impermeable sin detenerse, Bayard le pregunta: «¿Puede deditrearme Rambaud?».

8

El comisario entra en una librería para comprar unos libros, pero, como no tiene costumbre, le cuesta trabajo orientarse en las estanterías. No encuentra ninguna obra de Raymond Picard. El librero, que no le ve muy al corriente, le indica de pasada que Raymond Picard está muerto, lo que Foucault no había creído oportuno señalarle, pero si lo desea puede encargar *Nueva crítica o nueva impostura*. En cambio, sí tiene *Assez décodé!*, de René Pommier, un discípulo de Raymond Picard que se la tiene jurada a la crítica estructuralista (así es como el librero le vende la obra, lo que no le aclara mucho), y, especialmente, *El Roland-Barthes sin esfuerzo*, de Rambaud y Burnier. Es un libro verde, bastante delgado, con una foto de Barthes que hace gala de un aire severo dentro un marco ovalado de color naranja. Un personajillo dibujado sale del marco y dice «ji, ji» tronchándose de risa y llevándose la mano a la boca, con pinta burlona, al estilo de un dibujo de Crumb. Es más, se podría verificar que es un Crumb. Pero Bayard nunca ha oído hablar de *El gato Fritz*, el dibujo animado progre del 68 en el que los negros son unos cuervos que tocan el saxo y el héroe es un gato con cuello vuelto que fuma porros y folla con todo lo que se le pone por delante dentro de un Cadillac a lo Kerouac, sobre un fondo de disturbios urbanos y de cubos de basura ardien-

do. Crumb es célebre, no obstante, por su manera de dibujar a las mujeres, con sus gruesos muslos potentes, sus hombros de leñador, sus pechos como obuses y su culo de yegua. Bayard, poco familiarizado con la estética de los cómics, no entiende la relación. Sin embargo, compra el libro y añade el de Pommier. No encarga el de Picard, ya que en esta fase de la investigación no le interesan los autores muertos.

El comisario se acomoda en un café, pide una cerveza, enciende un gitanes y abre *El Roland-Barthes sin esfuerzo*. (¿Cómo se llama el café? Esos pequeños detalles... Es importante reconstruir el ambiente, ¿verdad? Yo lo veo más bien en el Sorbon, el bar frente al Champo, el pequeño cine de arte y ensayo que hay al final de la rue des Écoles, aunque, a decir verdad, yo qué sé, pueden ustedes ubicarlo donde les plazca). Lee:

«El R. B. (en *Roland-Barthes*, Roland Barthes es nombrado como R. B.) apareció bajo su forma arcaica hace veinticinco años, en la obra titulada *El grado cero de la escritura*. Después, poco a poco se fue apartando del francés del que parcialmente provenía, constituyéndose como lenguaje autónomo, con su gramática y su vocabulario propios».

Bayard aspira su gitanes, traga una bocanada, pasa las páginas. En el bar, oye que el camarero le explica a un cliente por qué Francia va a hundirse en la guerra civil si Mitterrand sale elegido.

«Primera lección: Algunos elementos de conversación.

»1 – ¿Cómo te enuncias a ti mismo?

»Francés: ¿Cuál es su nombre?

»2 – Yo me enuncio L.

»Francés: Yo me llamo William.»

Bayard comprende aproximadamente la intención satírica y también que a priori debería sentirse en sintonía

con los autores del pastiche, pero en realidad desconfía. ¿Por qué en «R. B.» «William» se dice «L.»? No está nada claro. Cosas de maricones intelectualoides.

El camarero al cliente: «¡Cuando los comunistas estén en el poder, todos los que tienen pasta se van a pirar de Francia para ir a ponerla en otra parte, donde no paguen impuestos y donde estén seguros de que no los van a trincar!».

Rimbaud y Burnier:

«3 – ¿Qué “estipulación” encierra, cerca, organiza, dispone la economía de tu pragmatismo como ocultación y/o explotación de tu ek-sistencia?

»Francés: ¿Qué haces en la vida?

»4 – (Yo) expelo pequeñas porciones de código.

»Francés: Soy mecanógrafa».

Aunque esto le hace cierta gracia, en realidad detesta lo que percibe intuitivamente como un principio de intimidación verbal hacia personas de su estilo. Sin embargo, bien sabe que este tipo de libros no va dirigido a él, que se trata de un libro para intelectualoides, para que esos parásitos de intelectuales de mierda puedan reírse entre ellos. Burlarse de sí mismos: suprema distinción. Bayard, que no es un imbécil, está ejerciendo ya un poco de Bourdieu sin saberlo.

En el mostrador, la conferencia continúa: «Una vez que todo el dinero esté en Suiza, no habrá capital para pagar los salarios y entonces eso supondrá la guerra civil. ¡Es lo que pasará si ganan los social-comunistas!». El camarero hace una pausa para ir a atender. Bayard prosigue con su lectura:

«5 – Mi discurso se encuentra con/desemboca en su propia textualidad mediante el R. B. en un juego (¿ego?) de espejos.